LEON WIESELTIER

LESZEK KOLAKOWSKI

Traducción de JUAN ALMELA

LESZEK KOLAKOWSKI es un hombre moderno medieval: he aquí una manera de captar su aportación al pensamiento contemporáneo. Por desgracia, vivimos en una cultura que, desde hace siglos, tiene el adjetivo "medieval" por una censura, así que debo dejar perfectamente en claro el sentido en que deseo que se tome lo de "medieval" como un elogio a este hombre extraordinario. Quizá lo mejor sea comenzar con la filosofía de la religión, ese campo fragante y abandonado que resulta ser, asimismo, la auténtica morada intelectual de Kolakowski.

Al buscar una definición de la modernidad, vale la pena considerar el cambio en la comprensión de la fe. En el mundo medieval, la fe era cuestión de proposiciones de hecho, bien específicas, acerca del universo. Tales proposiciones eran verdaderas o falsas. O bien existe Dios, o bien no; o bien la materia es eterna, o bien no; o bien los milagros pueden quebrantar leyes naturales, o bien no; o bien hay providencia en la vida humana, o bien no: siempre preguntas cuyas respuestas eran posibles, siempre cuestiones acerca de las cuales podía obtenerse conocimiento, y la filosofía medieval se consagraba a buscar dichas respuestas, a establecer los métodos adecuados para adquirir dicho conocimiento. Por lo demás, la psicología era la servidora de la metafísica; el estudio del alma humana se ocupaba de la mecánica de sus elevaciones y caídas espirituales. Importaba menos lo que le parecía a uno el mundo que la manera como lo describía. Si una proposición era falsa, la intensidad con que uno creyera en ella no contaba para nada.

Hablando toscamente, éste fue el universo que Kant arruinó. Kant confiaba, por supuesto, en que laboraba para afianzar los fundamentos de la fe, para protegerla de las dudas del empirismo; pero cuando el conocimiento era confinado al mundo fenoménico, cuando verdad y falsedad eran expulsadas de la metafísica, la fe quedaba dolorosamente necesitada de nuevos fundamentos. Lo que se apresuró a asistir a la fe fue el sentimiento. En la disposición moderna, una fe no es admirable por su veracidad sino por su intensidad. El puesto de las proposiciones fácticas fue usurpado por proposiciones de valor, y el valor se trasladaba poco a poco de la ética a la estética y la agitación del alma. El romanticismo despedazó la vieja asociación medieval entre la metafísica y la calma: la pasión se convirtió en marca de quien buscaba más allá de los sentidos, y también el arte y el absurdo. La fe no fue ya una conclusión del pensar sino una expresión del yo, y jamás fue vencido el nerviosismo que despertó la rotunda sugerencia de Feuerbach, según la cual no era otra cosa que esa misma expresión.

Todo esto se consumó, por supuesto, en el nombre de una liberación con respecto a las consecuencias intelectuales y sociales de la asociación medieval entre la fe y el poder. La consecuencia, con todo, fue una ironía que Europa habría de pagar caro. Era una ironía intelectual, pero que acabó en sangre. Pues si el sujeto de la fe es preferido a su objeto, entonces la subjetividad será sacralizada. Si la intensidad de sentimiento es una medida de autoridad espiritual, entonces la sed de poder tiene una abertura, dado que el corazón es un esclavo más natural que la mente. El ascenso de las modernas ateocracias, del comunismo y el fascismo, fue una de las consecuencias del abandono de la objetividad medieval en cuanto a los significados de la vida. No estoy insinuando, evidentemente, que la idea medieval de la fe no pueda emplearse también para hacer sufrir a los seres humanos. (No conozco ninguna idea en cuyo nombre nadie haya sufrido.) Lo que quiero decir es que la comprensión de la fe es más pertinente para el destino de individuos y grupos de lo que la filosofía moderna gusta de suponer, y que el mundo moderno no se quitó de encima algunos resultados aflictivos de la fe al liberarse del concepto medieval de ésta. Y, en vista de que llego a semejantes conclusiones, soy discípulo de Kolakowski.

El gran término en el pensamiento de Kolakowski ha sido siempre el creer. Es un estudioso de la religión porque es un estudioso de la creencia. Esto del creer es un vasto término: no lo hay mayor para un animal pensante. Es un término que abarca la distinción entre lo religioso y lo secular. La Ilustración es también una fe, al fin y al cabo, y hasta el materialismo más despiadado debe considerarse una idea. Todos los escritos de Kolakowski, su disección del marxismo y su disección del escolasticismo, su análisis, desde nuestros supuestos ordinarios acerca del mundo cotidiano hasta las aseveraciones más deslumbrantes de la teología tradicional, está motivado todo por una inextinguible sed de saber *cómo el hombre puede creer*. Y en su insistencia axiomática en que es imposible y empobrecedor para un hombre el no creer, que un hombre no puede no creer, la obra de Kolakowski representa uno de los grandes rechazos del cinismo contemporáneo, una de las respuestas más significativas a la premisa moderna de que la búsqueda de la verdad debiera dejarse, en pos del desenvolvimiento de la cultura.

Sólo que este medievalista no se entrega a la nostalgia. Muy al contrario. Kolakowski piensa acerca de lo eterno en su tiempo y para su tiempo. Este modo de estar incrustado no sólo es debido a su agitada biografía, con todo y que la violencia intelectual y la violencia política que presenció garanticen, de fijo, su compromiso. (Recientemente, el periódico de Solidaridad, en Varsovia, lo propuso para presidente de Polonia.) Se debe también a su respeto nada sentimental hacia el intelecto.

Kolakowski no tiene miedos mentales. Aeste respecto, es un genuino heredero de los escolásticos a quienes ama. Me imagino que su amor por los escolásticos cristianos tiene algo que ver con su experiencia de los escolásticos marxistas. ¡Cómo comparar a los viejos doctores con los nuevos! Aquéllos, los intelectuales de edades "oscuras", eran quienes poseían lo que se llama una mente abierta, quienes seguían a la lógica adonde los condujese, atendían al método, nunca acababan de objetar, quienes preservaban las opiniones rechazadas, quienes mantenían las consideraciones de política aparte de las consideraciones sobre la verdad.

La gente religiosa sueña a menudo con el pasado y con una restauración. En la metafísica, sin embargo, no hay lugar para la nostalgia. La nostalgia es una máscara sentimental para el culto a la historia, y la búsqueda de la verdad no sufre gustosa el culto a la historia. El medievalismo de Kolakowski no es mirar hacia atrás. Es una manera de ser estricto al mirar hacia adelante. No está menos familiarizado con Kant, Marx, Wittgenstein, Dewey que cualquiera de sus contemporáneos. Tiene perfecta conciencia de todo lo que el empirismo, la historiosofía y el pragmatismo han armado en contra del interés tradicional en la metafísica. Sus escritos filosóficos son una lucha de por vida contra estos escepticismos, y tiene una gran capacidad para colocar el escepticismo a la defensiva y al mismo tiempo dar su lugar a la duda.

Los numerosos argumentos y animadversiones de Kolakowski contra los enemigos de la indagación metafísica son contundentes. Nunca son oscurantistas, siempre se remiten a la razón y a las reglas de la discusión racional. Y la voz del argumentador impresiona al lector con igual viveza que la fuerza de la argumentación. Pues, a diferencia de tantos filósofos contemporáneos, Kolakowski es dueño de una voz particular, y es una voz de protesta contra el triunfo de la epistemología, contra la trivialización de la filosofía por pensadores que se figuran que la vida se comprende mejor por medio —digamos— de la teoría de los juegos. Kolakowski le recuerda a uno en qué medida el mundo descrito por la filosofía anglonorteamericana es un mundo despojado de tragedia.

El más renombrado de los numerosos servicios de Kolakowski a la vida intelectual de la época es, por supuesto, su demolición del marxismo. En lo completo y lo monumental, sus *Corrientes principales del marxismo* constituyen una especie de *Archipiélago Gulag* de historia intelectual. (Kolakowski, en forma característica, presenta su obra como un simple "manual".) Pero es importante entender la naturaleza del rechazo del marxismo en los libros y ensayos de Kolakowski. A su modo de ver, el marxismo no erraba por ser, ni más ni menos, homicida: era homicida también porque erraba. Si bien los crímenes del marxismo bastan para condenarlo, la condenación del marxismo por sus crímenes no responde del todo a la pregunta de cómo vivir. La respuesta a esa cuestión requiere una demolición intelectual del crimen o, por decirlo de otra manera, una demolición del crimen intelectual.

Tampoco le bastó a Kolakowski demoler las ideas marxistas y abandonar el asunto. No había venido sólo a destruir, ni luchaba buscando una mera victoria política. La mente postcomunista, la mente ya no cautiva necesitaba asimismo un principio que la hiciera vivir. El contenido de una vida libre no es establecido por el hecho de su libertad. La filosofía no sólo es necesaria para la libertad, sino también una vez alcanzada la libertad —más precisamente: durante la libertad—. Los numerosos escritos filosóficos de Kolakowski representan aquello para lo cual lo liberó su liberación del marxismo, y la autoridad moral de que hoy disfruta en los países libres de Europa oriental no se debe sólo a su heroica lucha contra una ideología falsa, sino asimismo a su preparación espiritual para después de haber sido sacada a la luz la falsedad de la ideología.

Conocí a Kolakowski hace quince años, en Oxford. Yo era estudiante de filosofía; un mal estudiante, pues en Oxford la filosofía a mediados de los años 70 estaba enteramente dominada por la lógica matemática y la filosofía formal del lenguaje, en lo cual no encontraba yo nutrimiento. En aquel sabio desierto británico, el seminario de Kolakowski representaba un oasis. (Los mandamases locales de la notación lógica negaban, ni qué decir tiene, que en aquella aula naciese nada parecido a la filosofía, y nos despachaban a todos a un infierno que denominaban "historia de las ideas".) En el otoño de 1975, el seminario de Kolakowski se llamó sencillamente "Pascal". Me recuerdo pensando, al acercarme al colegio All Souls, *Pensées* en mano, que los claustros de Christopher Wren eran un poco demasiado adornados para el tema, pero no tardé en olvidarlos cuando Kolakowski inició su instrucción. Los adornos cedieron ante lo esencial. El demacrado y sereno Kolakowski sabía cortar hasta el hueso, y mostrar entonces cuánto faltaba por hacer. Aclaraba y complicaba las cosas al mismo tiempo. Hablaba con una mezcla extraña de certidumbre y curiosidad; era paciente con las preguntas y lo impacientaban las respuestas, y lo que más aborrecía eran los supuestos ocultos.

Me tocó en suerte preparar un trabajo sobre *Le Dieu caché*, de Lucien Goldmann, es decir acerca de la interpretación marxista de Pascal; fue una suerte, digo, dar con un tema que atraería a la discusión otros de los muchos aspectos de Kolakowski. Mi lectura de Goldmann no fue afortunada, hice todo lo que pude por identificar lo que juzgué que eran las deformaciones metodológicas y filosóficas de la nítida explicación social de Goldmann. Pero aun todo lo que pude no resultó suficientemente bueno. Kolakowski pareció satisfecho de que objetara yo la exposición de Goldmann, confortado al ver que su discípulo norteamericano no sucumbía a las abundantes seducciones conceptuales del crítico marxista: eran también aquéllos los años, en Oxford, del ascendiente de Lukács y Gramsci entre los teóricos sociales e historiadores políticos, y sin duda Kolakowski consideró alta la probabilidad de tener que desengañar de Goldman a su seminario. Ahora bien, si no me hacía falta ser desengañado, sí necesitaba ser corregido. Kolakowski se embarcó en una pequeña conferencia —contra la "conciencia ideal" en la historia cultural marxista— que nunca olvidaré. Fue una lección elemental de escrupulosidad intelectual. Enseñó a los estudiantes sentados alrededor de aquella mesa a ser no sólo rectos sino rigurosos.

Kolakowski es explorador y enemigo de la doctrina. Acaso su logro más importante haya sido rehabilitar el interés por la metafísica sin restaurar para nada el dogmatismo que tantas veces lo acompañaba. Pues este crítico de la Ilustración, este amigo de la escolástica, este metafísico es un demócrata. En el clima intelectual de Occidente es pues una figura paradójica, una inesperada cuña entre lo absoluto y el absolutismo. Los liberales, en particular, tienen muchísimo que aprender de él. La presión que sus pensamientos han ejercido sobre el liberalismo constituye, en sí, una de las glorias del orden liberal.